

Entrevista con Antonio Benítez Rojo

Reina Roffé

—Usted ocupó cargos de relevancia durante la primera etapa de la revolución cubana. Fue director del Centro de Estudios Caribeños de la Casa de las Américas, dirigió la Casa del Teatro del Consejo Nacional de Cultura. Ya en 1959 entró en el primer gobierno revolucionario de Fidel Castro para dirigir el Departamento de Planificación Económica del Ministerio de Trabajo. Era un jerarca castrista. Su mujer también fue, creo, Ministra de Seguridad Social. ¿Qué hizo que usted buscara asilo en Estados Unidos en 1980?

—Pienso que lo mejor es dar algún contexto a esta pregunta. A mediados de 1950 yo estudiaba Ciencias Comerciales en la Universidad de La Habana y, como la gran mayoría de los cubanos, estaba en contra de la dictadura de Fulgencio Batista. Me interesaban mucho la planificación económica y la econometría, es decir, la aplicación de las matemáticas y la estadística a los planes económicos. Estas disciplinas estaban entonces muy en boga. El mundo atravesaba por el período de descolonización que siguió a la Segunda Guerra Mundial y se trataba de acelerar el desarrollo económico de los nuevos países. Mi sueño era contribuir en la medida de mis posibilidades a esta gigantesca tarea. Me alegré mucho al saber que se me había concedido una beca de las Naciones Unidas para estudiar estadísticas de trabajo y de población en los Estados Unidos, estudios necesarios para solicitar trabajo como uno de los técnicos que la Organización Internacional del Trabajo enviaba al Tercer Mundo. Concluidos estos estudios en Washington y en México, me di cuenta, por las noticias que llegaban de Cuba, de que la dictadura de Batista estaba por caer debido a la lucha revolucionaria de Fidel Castro, lucha no sólo apoyada masivamente por el pueblo, sino también por sectores políticos, financieros y empresariales. Así las cosas, decidí regresar a mi país, que sorpresivamente se abría como posible campo de trabajo. Era el año 1958 y, tras unos pocos meses en que trabajé como planificador de inversiones en la Compañía de Teléfonos, al triunfo de la Revolución entré en el Ministerio del Trabajo como director de estadísticas. Allí conocí a mi actual esposa, Hilda Otaño, una joven y hermosa

abogada que llegaría a ser directora —no ministra— de Seguridad Social. Al momento de nuestro matrimonio, ambos apoyábamos la Revolución, pero poco a poco fuimos cayendo en el desencanto. El gobierno de Fidel Castro se apartaba cada vez más del ideal que compartíamos, es decir un gobierno socialista y democrático semejante a los de algunos países de Europa Occidental. La decisión de irnos al extranjero la tomamos de un día para otro. El médico que atendía a nuestra hija Mari nos dijo que si se quedaba en Cuba, moriría dentro de unos meses. Hilda, Mari y Jorge, nuestro hijo de un año, lograron salir del país a través de un programa de la Cruz Roja y la embajada inglesa. Se radicaron en Boston, ya que allí estaba el hospital especializado que atendía casos como los de mi hija. Cuando me despedí de ellos en el aeropuerto, muy lejos estaba de pensar que no los volvería a ver en muchos años.

—*¿Por qué no se fue con ellos?*

—Para empezar, el programa que he mencionado me excluía, pues sólo se autorizaba a salir a un acompañante, bien el padre o la madre. En segundo lugar, en esos años era difícilísimo salir de Cuba. Para empeorar la cosa, yo ya era un escritor y daba la casualidad de que, a partir de 1968, el país era gobernado bajo una política maoísta llamada «la ofensiva revolucionaria», supuesta condición sociopolítica para producir «el hombre nuevo». Sé que esto ahora suena absolutamente disparatado, pero basta leer los periódicos cubanos de aquella época para comprender el carácter siniestro de esa utopía. En cualquier caso, el odio a los intelectuales se había destapado y el privilegio de viajar que habíamos disfrutado en años anteriores fue cortado radicalmente.

No obstante, había una oportunidad. Los premios literarios de la Unión de Escritores y Artistas consistían en viajes a los países comunistas. Si me ganaba uno de ellos, el de cuentos, pediría un viaje donde el avión hiciera escala en Canadá o en las Azores, y allí me quedaría. Así, me puse a escribir día y noche, desesperadamente, hasta completar un manuscrito que envié al concurso. La obra fue premiada en 1969, pero el viaje me fue denegado. No podría reunirme con mi familia hasta 1980.

—*Un accidente (en 1966 debe guardar cama durante cinco meses) desencadena su vocación literaria. Usted mismo dice: «Estaba muy aburrido y comencé a escribir cuentos». ¿La escritura es un instrumento contra el aburrimiento, nace en soledad, se practica contra la soledad?*

—En mi caso el escribir fue una vocación despertada en la más temprana niñez. Mi madre tenía que leerme cuentos para que me durmiera, y a los cuatro años, edad en que aprendí a leer, devoraba cuentos de hadas con la misma fruición que si fueran golosinas. Más adelante, mi padre me regaló *El Tesoro de la Juventud*, obra que se vendía mucho en aquella época. Eran veinte tomos, y cada uno de ellos tenía cuentos, resúmenes de libros célebres, anécdotas heroicas, breves artículos ilustrados sobre la historia de la Tierra y de la naturaleza, en fin, un montón de cosas. También recuerdo otras lecturas didácticas, como las *Veladas de la quinta*, de Mme. de Ségur, *El muchacho moderno* y las fábulas de Esopo y La Fontaine. Pero hasta cumplir los diez años mi mayor preferencia eran las obras de Emilio Salgari y Julio Verne; también los cuentos fantásticos de *Kwaidan*, de Lafcadio Hearn. Entonces, en mi décimo cumpleaños, ocurrió algo así como un milagro. Llegó a mi casa una gran caja de madera. Contenía toda la Biblioteca Sopena, docenas y docenas de libros en rústica, impresos a dos columnas, con obras de Hugo, Dickens, Dumas, Bécquer, Tolstoi, Stendhal, Flaubert, Zola, Alarcón, Pérez Galdós y de cuanto autor uno pudiera imaginar, desde Cervantes y Shakespeare hasta Sarmiento, Poe y Cooper. Me llevó años digerir aquel cúmulo de libros, pues dentro de mi tiempo libre tenían que competir con el *base-ball*, los patines y mis largos paseos en bicicleta. Leía por las noches, hasta muy tarde, y me llevaba las novelas al colegio; las forraba con un papel grueso y anaranjado que se vendía entonces para proteger los textos de estudio, y durante muchas semanas burlé la vigilancia de mis maestros. Pero una tarde, en medio de una clase de geografía, leí el pasaje donde uno de mis héroes literarios, d'Artagnan, moría de un tiro errático en el momento de recibir del rey el bastón de mariscal. Empecé a llorar con desconsuelo y, naturalmente, mi argucia quedó descubierta. Como castigo tuve que escribir tres mil líneas diciendo: «No debo leer novelas en clase». De más está decir que mis notas nunca fueron buenas, aunque me las arreglaba para pasar de año. Pero claro, de la literatura nadie vivía en Cuba, de manera que, al terminar el bachillerato, entré en la universidad a estudiar la carrera de mi padrastro, Ciencias Comerciales, muy útil para ganarse la vida en el mundo de los negocios. No obstante, siempre conservé el hábito de la lectura e incluso, en una ocasión, intenté escribir una novela fantástica basada en *El extranjero misterioso* de Mark Twain. Después del accidente, llegó un momento en que los días de estar postrado se me hacían insufribles. Por suerte, un amigo me regaló varios libros publicados por Casa de las Américas. Entre ellos había una antología de cuentos de Cortázar hecha por Antón Arrufat. Me fascinaron tanto, que decidí empezar a escribir cuentos fantásticos valiéndome de lápiz,

papel y una suerte de atril que me colocaba Hilda sobre el cuerpo antes de irse al trabajo. Así, de esta coyuntura que a muchos parecería desfavorable, nació mi primer libro. De ahí en adelante, la escritura se me hizo una necesidad, si bien nada enfermiza. En mis períodos más productivos, disfruto de excelente salud y nada consigue ponerme de mal humor.

—*Esos cuentos que usted reúne bajo el título de Tute de reyes obtienen el premio Casa de la Américas. La crítica asocia estos cuentos con el realismo mágico. ¿Se siente adscripto a esta corriente?*

—Esos cuentos fueron escritos en 1966, y *Cien años de soledad*, la obra que verdaderamente puso de moda esa corriente, fue publicada en 1967. En la época en que empecé a escribir apenas se hablaba de realismo mágico; se hablaba más bien de «literatura fantástica». Después los críticos empezaron a establecer diferencias y a ofrecer definiciones. Pero bien, respondiendo a su pregunta, le puedo decir que sí, que en mis tres primeros libros abunda ese tipo de cuento, aunque no tanto en los siguientes. En cualquier caso, en mis novelas siempre hay alguna que otra zona del texto que podría resultar, si no mágica, al menos inquietante. Por ejemplo, en *Mujer en traje de batalla* está el pasaje que ocurre en el hospital de Smoliensk. Pienso que cualquier intento de abarcar la realidad de una vida o de un suceso debe explorar rincones aún no iluminados por las ciencias.

—*Con la publicación de su segundo volumen de relatos, El escudo de hojas secas, con el que también gana un premio importante en Cuba, el «Luis Felipe Rodríguez» de la Unión Nacional de Escritores y Artistas, se da cuenta de que quiere ser escritor, ya no se siente economista. Es cierto que hay escritores que han sido abogados, médicos, que han ejercido distintas profesiones, pero economistas creo que hubo o hay pocos. ¿Existe algún punto de contacto entre ambas disciplinas, facilitan una suerte de orden para entender ciertos sistemas?*

—Tanto la economía como las matemáticas me han sido muy útiles. A la primera debo la comprensión del área del Caribe, pues fueron razones económicas las que llevaron la plantación esclavista a Cuba y otras Antillas. Sin comprender bien el mecanismo de la expansión mercantilista y la plantación de azúcar, no es posible interpretar cabalmente la literatura y la cultura del Caribe. En cuanto a las matemáticas, debo a su lenguaje las estructuras de varios cuentos, por ejemplo, las de «La tierra y el cielo» y «Luna llena en Le Cap». Pero, sobre todo, gracias a las matemáticas pude partir